

»manos muy gentiles. Era hombre muy trayente,
 »muy franco é muy gracioso, muy devoto, muy es-
 »forzado, dábase mucho á leer libros de filósofos é de
 »poetas, era buen eclesiástico ⁽¹⁾, asaz docto á la
 »lengua latina, mucho honrador de las personas de
 »ciencia: tenia muchas gracias naturales, era gran mú-
 »sico, tañía é cantaba é trovaba é danzaba muy bien,
 »dábase mucho á la caza, calbalgaba pocas veces en
 »mula, salvo habiendo de caminar: traia siempre
 »un baston en la mano, el cual le parecia muy
 »bien ⁽²⁾.»

Habiendo sido este monarca tan flaco y débil para las cosas de gobierno, como apto para las letras, y habiéndose desarrollado bajo su proteccion la cultura intelectual en Castilla y elevándose á un grado hasta entonces desconocido, reservámonos considerarle bajo estos dos aspectos y dar cuenta del estado de la literatura, de las artes y de las costumbres en su tiempo, para cuando bosquejemos el cuadro general que presentaba España en su condicion política, moral, literaria y artística en este período. Al terminar la historia de este reinado podemos decir con un moderno crítico: «no hemos atravesado en nuestra historia un reinado tan largo y tan enredoso como el de don Juan II.: solo sabemos de otro mas desastroso, que es el que va á seguirle en Castilla.»

(1) Quiere decir, dado á las cosas de la iglesia.

(2) Perez de Guzman, Crón., pág. 576.

CAPITULO XXVIII.

ALFONSO V. (el Magnánimo) EN ARAGON.

De 1446 á 1458.

Su conducta en el asunto del cisma: concilio de Constanza: eleccion de Martin V.—Inflexibilidad del antipapa Pedro de Luna: muere en Peñíscola.—Concluye el cisma.—Disgustan á Alfonso los aragoneses y catalanes: pasa á Cerdeña y á Córcega.—Situacion de Nápoles, y como le fué ofrecida á Alfonso la sucesion de aquel reino.—Pasa á Nápoles y la reina Juana le adopta por hijo.—Guerras, triunfos y vicisitudes de Alfonso en Nápoles.—Volubilidad de la reina Juana: retractaciones.—El duque de Anjou; el duque Filipo de Milan; el capitán Sforza; el senescal Caracciolo.—Sangrientos combates en las calles de Nápoles.—Regresa Alfonso á España.—Ataca de paso y destruye á Marsella.—Confederacion de los príncipes de Italia contra don Alfonso y don Pedro de Aragon.—Súbitas mudanzas en los ánimos de los príncipes italianos.—Escitaciones al aragonés para que vuelva á Italia.—Espedicion de Alfonso al reino de Tunez: victorias sobre los moros.—Inconstancia de la reina Juana: asesinato del gran senescal: vuelta de Alfonso á Nápoles.—Nueva liga contra el aragonés.—Fuga del papa y generosa proteccion que le dispensa don Alfonso.—Muerte del duque de Aejou: id. de la reina Juana.—Prosigue la empresa de Nápoles: gran combate naval: los reyes de Aragon y de Navarra prisioneros.—Generoso comportamiento del duque de Milan.—Da libertad al de Navarra y se liga con el de Aragon.—Bandos y guerras en Italia: el papa Eugenio IV.: el concilio de Basilea: el duque Renato de Anjou: triunfos del rey don Alfonso: muerte del infante don Pedro.—Nuevo cisma en la Iglesia.—Grandeza de ánimo de Alfonso.—Se hace rey de Nápoles.—Entrada triunfal.—Nueva situacion de Italia.—Alianzas, confederaciones, guerras: el papa y

los estados de la Iglesia; el duque de Milan, Francisco Sforza: otros príncipes y potentados de Italia; repúblicas de Génova, Venecia y Florencia: el rey de Aragon y de Nápoles.—Paz universal de Italia y cómo se hizo.—Apodéranse los turcos de Constantinopla, y acaba el imperio cristiano de Oriente.—Confederacion general de los príncipes cristianos contra el turco.—Desavenencias del rey de Aragon con el papa Calixto III.: sus resultados.—Muerte de Alfonso V. de Aragon: sucédele en Nápoles su hijo Fernando, en Aragon su hermano el rey don Juan de Navarra.—Grandes cualidades de Alfonso V.

Los sucesos de Aragon en este tiempo continuaban formando por su importancia y su grandeza exterior verdadero contraste con las rencillas y miserias interiores de Castilla; y mientras aqui un príncipe de la dinastía de Trastamara, instrumento dócil de un soberbio favorito y juguete de las maquinaciones de orgullosos magnates, conservaba con trabajo el nombre de rey y una sombra de autoridad, allá otro príncipe de la dinastía de Trastamara, su inmediato deudo, sábio, magnánimo, liberal y esforzado, ensanchaba los límites de la monarquía aragonesa, le agregaba nuevos reinos, y ganaba en apartadas regiones gloria para sí y para su pueblo con sus proezas como guerrero y con su sabiduría como monarca.

Apenas falleció el honrado Fernando I. de Aragon, fué aclamado rey de Aragon, de Valencia, de Mallorca, de Sicilia y de Cerdeña y conde de Barcelona su hijo primogénito con el nombre de Alfonso V. (2 de abril, 1416). El primer cuidado del nuevo monarca aragonés fué retirar de Sicilia á su her-

mano el infante don Juan, que se hallaba de gobernador general de aquel reino: porque recelaba harto fundadamente que los sicilianos, en su deseo manifesto de independenciam, quisieran alzarle por rey, como en efecto lo intentaban. Delicado era el asunto, atendida la disposicion de aquellos naturales, y el carácter del infante don Juan. Pero manejóse en él con tal destreza el jóven soberano (que contaba entonces veinte y dos años de edad) é hizo el llamamiento con tan hábil política, que el infante, contra lo que todos esperaban, obedeció inmediatamente al primer requerimiento de su hermano, y se vino á España á hacerle homenaje, quedando de vireyes en Sicilia don Domingo Ram, obispo de Lérida, y don Antonio de Cardona.

Era la ocasion en que se trataba de resolver definitivamente la gran cuestion del cisma de la Iglesia, y Alfonso que en vida de su padre era el que habia manejado las negociaciones sobre este gravísimo negocio con el gran Sigismundo, rey de romanos, se apresuró á enviar sus embajadores y prelados al concilio general de Constanza. Todavía no faltó quien intentára persuadirle á que restituyera la obediencia al obstinado Pedro de Luna, que continuaba en su castillo de Peñíscola titulándose pontífice y protestando contra lo que se determinára en el concilio, pero el rey desechó resueltamente toda proposicion y consejo que tendiera á prolongar la ansiedad en que es-

taba el mundo cristiano. Al fin el concilio de Constanza, compuesto de prelados de todas las naciones y de representantes de todos los príncipes, perdida toda esperanza de renuncia por parte del antipapa aragonés, pronunció solemne y definitiva sentencia declarándole cismático, pertinaz y herege, indigno de todo título, grado y dignidad pontifical (julio, 1417). Tratóse luego de proceder á la eleccion de la persona que habia de ser reconocida en toda la cristiandad por verdadero y único pontífice y pastor universal de los fieles, y despues de muchos debates y altercados sobre preferencias de asiento y otras preeminencias entre los embajadores de Aragon, de Castilla, de Inglaterra y otras naciones⁽¹⁾, y de no pocas disputas entre príncipes y prelados sobre la forma en que la eleccion habia de hacerse, avenidos al fin, y nombrados los electores, se procedió á la eleccion de pontífice, resultando electo despues de algunos escrutinios el cardenal de Colonna, que tomó el nombre pontifical de Martin V. (17 de noviembre, 1417).

Con gran júbilo se recibió y celebró en toda la cristiandad la nueva de la proclamacion de un verdadero y solo vicario de Jesucristo, con lo cual parecia de todo punto terminado el cisma y acabada la funes-

(1) Los embajadores de Castilla fueron, don Diego, obispo de Cuenca, don Juan de Badajoz, don Fernan Perez de Ayala, Martin Fernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, Fr. Fernando de Illes-

cas, Fernan Martinez Dávalos, doctor en decretos y dean de Segovia, Diego Fernandez de Valladolid, dean de Palencia, y Juan Fernandez de Peñafior, doctor en decretos.

ta escision que por cerca de medio siglo habia traido turbadas las conciencias y alteradas y conmovidas las naciones cristianas. Pero faltaba todavía reducir al encastillado en Peñíscola, que se creia mas legítimo papa que el nombrado por el concilio. El rey don Alfonso de Aragon fué el encargado de notificarle la sentencia del sínodo, y de persuadirle de la inmensa utilidad que de su renuncia resultaria á toda la Iglesia, asi como de su necesidad, en el caso extremo á que habian llegado ya las cosas⁽¹⁾. Mas no bastó á ablandar el duro carácter de don Pedro de Luna, hombre por otra parte de gran doctrina y erudicion, que alegando con razones no destituidas de fundamento haber sido su eleccion mas legítima que la de otro pontífice alguno, protestando contra las decisiones del concilio, y fundando su nulidad, entre otras causas, en no haber concurrido á él ni la mayoría, ni tal vez la tercera parte de los prelados de la cristiandad, que eran mas de ochocientos, se mantenía inflexible desafiando á todos los poderes de la tierra (1418). A instancias del cardenal de Pisa, que vino á Zaragoza como legado del nuevo pontífice para tratar de la reduccion del antipapa Benito, ofreció á éste el rey don Alfonso que si consentia en la renun-

(1) No habia agradado sin embargo á Alfonso de Aragon la eleccion de Martin V., á quien tenia por poco propicio á los intereses de su reino, especialmente en lo de Sicilia: asi fué que quedó muy disgustado de sus embajadores, á quienes dijo que habian mirado mas por sus particulares intereses que por la honra y bien del Estado. Zurita, Anal. lib. XII., c. 67.

cia sería admitido en el gremio de la Iglesia, residiría donde quisiese, y se le dejarían los bienes y rentas apostólicas, con mas cincuenta mil florines del cuño de Aragon anuales, conservándose sus beneficios á todos los que con él residían en Peñíscola. Tan infructuosos fueron los ofrecimientos para el inalterable don Pedro de Luna como lo habían sido las amenazas y las persuasiones⁽¹⁾. Diremos por último, para acabar con la historia de este hombre singular, que habiéndole faltado, ó por muerte ó por defeccion, todos los cardenales de su parcialidad, todavía creó otros dos, con cuyo diminuto colegio continuó llamándose papa Benito XIII. hasta que falleció en 23 de mayo de 1423 en su castillo de Peñíscola, á la edad de casi noventa años, á los veinte y nueve de su eleccion, y á los ocho de su encierro en aquella fortaleza, dejando al mundo un ejemplo tan admirable como funesto y triste para la Iglesia del mayor grado de obstinacion, de dureza y de inflexibilidad de carácter, á que haya podido llegar hombre alguno. Y todavía á su imitacion sus dos cardenales tuvieron la inaudita temeridad de alzar por pontífice á un canónigo de Barcelona, nombrado Gil Sanchez Muñoz, que tomó el título de Clemente VIII., y el cual á su vez

(1) Zurita dice, no sabemos con qué fundamento, «fué cosa muy pública y divulgada por los que eran devotos de don Pedro de Luna, que estando el legado en Zara-

goza procuró se le diese veneno con que muriese, y aunque se le dió, vivió algunos años, y el legado murió antes.» Anal. lib. XII. c. 69.

creó tambien un simulacro de colegio de cardenales, á quienes nadie reconoció ya: pero estos hechos no favorecieron nada á la reputacion y fama del rey de Aragon que los consentia.

Habiendo procedido el rey á ordenar y proveer los oficios de su casa, tomaron de ello ocasion los alativos catalanes para querer resucitar uno de los abolidos privilegios de Alfonso III., y congregándose en parlamento en Molins de Réy, despacharon comisionados á Valencia, donde el monarca se hallaba, para que juntos con los de Valencia y Zaragoza le espusieran la doble pretension de que no confriese oficios ni empleos sin consentimiento y aprobacion de las cortes, y de que despidiese los castellanos que tenia en su casa. Al segundo extremo contestó el rey con dignidad, que los tres ó cuatro oficiales castellanos que á su lado tenia eran antiguos servidores del rey su padre, y que sería un acto escandaloso de ingratitud despedirlos sin motivo: y en cuanto á lo primero, que ordenaria su casa con buen consejo, pero no ciertamente al arbitrio de ellos y á su capricho y voluntad. Los comisionados insistieron, las contestaciones tomaron alguna acritud, y solo á fuerza de carácter y de energía se descartó de aquellas ilegales é injustas pretensiones. Desde entonces procuró desembarazarse de tales impertinencias buscando un campo mas vasto y mas glorioso á su genio ambicioso y emprendedor. Asi, celebradas las bodas de su hermana doña

María con el rey don Juan II. de Castilla, y las de su hermano el infante don Juan (el desechado por Juana de Nápoles) con doña Blanca de Navarra, viuda de don Martín de Sicilia (1419), dirigió sus miradas á la isla de Cerdeña, y aparejó una armada para pasar á ella en persona.

Un tanto desasosegadas otra vez las posesiones de Cerdeña, de Córcega y de Sicilia, el apaciguarlas del todo y completar la obra de su padre, era empresa digna del ánimo levantado de Alfonso V., y podia ser ocasion y principio de otras mayores. Asi, mientras sus hermanos los infantes don Juan, don Enrique y don Pedro inquietaban la Castilla y movian los disturbios y alteraciones que dejamos referidos, don Alfonso con mas nobles aspiraciones preparaba su expedicion, armaba y abastecia sus naves, juntaba sus gentes, y dejando encomendado el gobierno del reino á su esposa la discreta y prudente doña María con su consejo de prelados, caballeros y letrados de juicio y autoridad, se proponia alejar del pais, llevándolos consigo para emplearlos y distraerlos en las cosas de la guerra, aquellos magnates mas dados á bullicios y novedades y á acaudillar banderías. Dió motivo á que se demorase algun tiempo su embarcacion un incidente grave, propio de la singular constitucion aragonesa, y fué el siguiente.

Era Justicia mayor del reino, y lo habia sido mucho tiempo hacia, Juan Jimenez Cerda, varon muy

notable y de grandes prendas, muy relacionado y muy influyente en el reino. Este supremo magistrado, siguiendo la costumbre de otros, habia hecho cierto pacto con el rey de renunciar su dignidad siempre que á ello le requiriese. Deseaba don Alfonso dejar á su partida provisto aquel cargo en Berenguer de Bardají, el hombre mas eminente de su tiempo, y en quien mas confianza tenia. En su virtud requirió á Jimenez Cerdan que renunciase su oficio, mas como éste rehusase cumplir lo pactado, el rey determinó proceder contra él hasta declararle público perjuro, pregonándole privado de su empleo y mandando que nadie obedeciese sus provisiones (marzo, 1420). El destituido Justicia hizo su reclamacion de agravio, y le fué otorgada su «firma de derecho» para ser oido y amparado en su posesion. A pesar de este recurso, la reina, como lugarteniente general del reino, confirmó la destitucion, la mandó publicar á pregon y notificar á todos los tribunales. Tan violenta y desusada medida, empleada con un funcionario que las leyes y las costumbres aragonesas consideraban como la principal defensa, y amparo de sus privilegios y libertades, produjo general escándalo y grave disgusto y turbacion en el reino, y hubieran dado ocasion á mas sérias demostraciones sin la abnegacion loable de Cerdan, que al fin hizo su renuncia en manos de la reina, quedando reconocido como Justicia Berenguer de Bardají. Movidas no obstante por el

ejemplo de este caso las córtes de Alcañiz, y á fin de que no se repitiese, decretaron mas adelante que el oficio de Justicia no pudiera ser relevado á voluntad del rey, aun de consentimiento del que le obtuviese.

Emprendió al fin el rey don Alfonso su espedicion (7 de mayo, 1420) con veinte y cuatro galeras y seis galeotas; y arribando á Mallorca, y tomando allí cuatro galeras venecianas, juntamente con otras naves de Cataluña que le iban alcanzando, navegó la via de Cerdeña, y tomó tierra en Alguer, donde estaba el conde don Artal de Luna combatiendo á los rebeldes. La presencia del rey en la isla desconcertó á los que andaban alzados; las ciudades de Terranova, Longosardo, la misma Sacer que tanto tiempo se habia mantenido en rebelion, se fueron reduciendo á la obediencia de Alfonso. El hijo del vizconde de Narbona que pretendia resucitar los derechos de su casa al estado de Arborea, se allanó á recibir los cien mil florines que habian sido contratados con su padre, y con esto el jóven Alfonso V. de Aragon tuvo la fortuna y la gloria de asegurar la posesion de Cerdeña, que tantos tesoros y tanta sangre habia costado á sus predecesores.

Sometidos los rebeldes de Cerdeña, pasó Alfonso con su armada á Córcega, en cuya isla, ó al menos en gran parte de ella dominaban los genoveses, perpétuos rivales y enemigos de Cataluña en los mares

de Levante. La plaza de Calvi, cercada por mar y tierra por las fuerzas de Aragon, no tardó en rendirse al rey Alfonso. Menos afortunados los aragoneses en el sitio y ataque de Bonifacio, cuando ya habian ganado algunos fuertes y estaban á punto de obtener la sumision de la plaza, recibieron los sitiados un refuerzo de ocho galeras genovesas, y despues de un combate naval en que los del castillo hicieron gran daño en las naves de Aragon, determinó el rey alzar su campo en lo mas áspero del invierno (1421).

Hallándose Alfonso V. en estas empresas, ofrecióse á sus ojos otra mas risueña perspectiva, que le hizo divisar en lontananza la posibilidad nada menos que de ceñir sus sienes con la corona de Nápoles. Este bello reino, como casi toda Italia, andaba tiempo hacia miserablemente revuelto y turbado, y hallábase, asi interior como esteriormente, en un estado deplorable de agitacion y de desórden. La reina Juana II. despues de haber retirado la mano de esposa que habia ofrecido al infante don Juan de Aragon para dársela al francés Jacobo de la Marca, habia hecho encerrar en una prision á su esposo, que como esforzado príncipe no quiso limitarse á ser marido de la reina, sino que comenzó á obrar como rey y á apoderarse de las plazas y á guarnecerlas de franceses. Libre la reina Juana del freno de su marido, entregóse á rienda suelta á sus desenvueltas é impúdicas pasiones, y atrevidos aventureros se disputaban con

las armas los favores y el poder de una reina indigna de este nombre. Todos los escritores de aquel tiempo, así españoles como italianos, pintan con los colores más fuertes la licencia y desenvoltura de esta reina desventurada. Dos de aquellos rivales aspirantes á su lecho y su poder, eran el capitán Sforza y el gran senescal Caraccioli; pero Sforza, cansado de la veleidat y de las infidelidades de la reina, abandonó su causa y se adhirió á la de Luis III. de Anjou, pretendiente á aquella corona y que se titulaba también rey de Nápoles, luchando contra la mala fortuna de su raza en Nápoles y Sicilia. El de Anjou con el apoyo del papa y con una flota que negoció en Génova y en Florencia pasó á cercar á Nápoles, mientras Sforza la sitiaba por tierra. Estrechado el cerco de Nápoles y puesta en gran conflicto la reina, el senescal Caraccioli la aconsejó que invocase el auxilio del rey de Aragón, el más natural enemigo de la casa de Anjou, y el príncipe más poderoso y que estaba más en aptitud de sacarla de aquella situación angustiosa. En su virtud fué enviado al rey Alfonso el caballero Antonio Caraffa ⁽¹⁾, solicitando su amparo y protección, como esforzado y generoso que era, y ofreciéndole desde luego la posesión del ducado de Calabria, y la sucesión al trono de Nápoles, como si fuera legítimo hijo y heredero de la reina. La oferta era demasiado halagüeña para desechada por un príncipe joven y an-

(1) El vulgo le llamaba y conocía por el apodo de *Malicia*.

sioso de gloria: sin embargo, sometido por Alfonso el asunto al consejo, los más fueron de parecer de que no debía comprometerse á amparar una reina versátil é inconstante, de tan liviana conducta, que había preso á su propio marido, siendo además desafecto el pontífice á la casa de Aragón, y estando tan desencadenados los partidos en aquel reino. Por otra parte el rey Luis le pedía también su ayuda, ó que por lo menos no auxiliase á sus contrarios: pero el monarca aragonés, atendiendo á que su primo el de Anjou era quien daba favor á los genoveses sus enemigos, se decidió, aun contra el dictámen de los del consejo, á proteger á la reina Juana, bajo el pacto que esta hizo de adoptarle por hijo y entregarle desde luego los castillos y el ducado de Calabria.

Pasó pues la armada aragonesa á las aguas de Nápoles: á su aproximación Sforza y el rey Luis levantaron el cerco: la reina, fiel por esta vez á su palabra, entregó á los aragoneses y catalanes los castillos que dominaban el puerto y la ciudad, ratificó la adopción de Alfonso, de acuerdo con los grandes de su reino, mandando que fuese obedecido y acatado como si fuese su hijo legítimo y heredero del trono, y aquel pueblo inconstante saludó con gritos de júbilo al monarca aragonés, si bien no faltaba quien viese con asombro las estrañas mudanzas de aquella reina, que en el espacio de cinco años había prometido casarse con el infante don Juan de Aragón, que le repudió

por dar su mano al conde de la Marca, que persiguió, prendió y desterró á su marido, y que ahora adoptaba por hijo al rey de Aragon, hermano del infante don Juan á quien burló en lo del matrimonio.

La fortuna en los combates favorecia al monarca aragonés no menos que su valor y su política. Sus naves lograron una señalada victoria sobre las genovesas, y Génova determinó darse al duque de Milan. El mismo Alfonso tuvo cercado en la Cerra al de Anjou, y aunque Sforza acudió á protegerle, era tal el temor que infundia ya en Italia el poder del aragonés, que el mismo papa Martín V., con no serle nada afecto, se apresuró á interponer su mediacion, y no sin trabajo pudo alcanzar que se estipulase una tregua entre los dos príncipes. Hizo mas aquel pontífice, que fué confirmar por bula apostólica la adopcion de la reina Juana y el derecho de sucesion de Alfonso á aquel reino (1422). Con esto muchos barones italianos, descontentos y celosos del gran poder del aragonés, se iban adhiriendo á su partido, y mas cuando le vieron apoderado de toda la Tierra de Labor. Eran no obstante muchos los enemigos que Alfonso tenia en Italia, los unos por adhesion al de Anjou, los otros por temor de que llegase á reunir las dos coronas de Nápoles y Sicilia, y á dominar en toda la península italiana. Uno de estos y de los mas poderosos era el duque de Milan Felipe María Visconti, señor ya de Génova, á quien el pontífice, á pesar de su bula de re-

conocimiento, miraban con mas aficion que al aragonés. El gran senescal, privado de la reina, era tambien secretamente su enemigo; y como á la misma reina la empezase á disgustar que el que habia llamado y adoptado por hijo lo gobernase todo en el reino, tan ligera y fácil en aborrecer como en amar, tomó pronto aversion, no solo al rey don Alfonso, sino á todo lo que fuese español. Con estas disposiciones propias de su mudable carácter, fácil le fué al senescal su favorito fomentar este desacuerdo, hasta el punto de persuadirla que el rey intentaba traerla á Cataluña. Con esto la reina escribió á todos los príncipes de Italia, y á los mismos angevinos sus enemigos, publicando que el rey no la trataba ni como reina ni como madre, y que la tenia cautiva en su propio reino.

Tan adelante fueron las desavenencias, y tal era ya la desconfianza y las sospechas que uno de otro tenian, que el rey y la reina vivian cada cual en un castillo, y aunque algunas véces se visitaban, no lo hacian sino con muchas precauciones. El senescal se habia confederado secretamente con Sforza, y entre ellos y otros que entraban en la conspiracion se trataba de sorprender al rey de Aragon, y de prenderle ó matarle. No era esto tan secreto que no llegase á noticia de don Alfonso, y como el senescal acostumbrase á hacerle algunas visitas con salvo-conducto que de él habia obtenido, un dia le hizo el rey detener